

merito adquiere, ni satisfaccion; porque durando todavia la culpa, que es el cuerpo, no se puede quitar la pena, que es la sombra. ¡Pues, oh, qué pérdida de tan imponderable fruto! Cierito es, vuelvo á decir, que aun estando en gracia, segun la disposicion con que asistimos, segun la devocion, el fervor, la piedad con que oímos la Misa, á esa proporcion gozamos en ella mas, ó menos, ó ningun fruto. ¡Oh, Dios, y qué malogro! Quexese el ciego de sus ojos, que son los que tienen el embarazo: no se queixe del Sol, que liberal lo baña con sus luces. Echad la culpa á la paja, que por su propia debilidad levanta una llama tan remisa: no echeis la culpa al fuego, que si le aplican materia sólida, hace mas fuerte el incendio. Pues ya con esto he respondido á lo que pudiera preguntar una muy justa admiracion: ¿Cómo, si tan á mano tenemos los Christianos todas las riquezas de Dios en la Misa; si en ella tenemos la llave del Cielo; si en ella es el mismo Hijo de Dios el que se empeña todo á nuestros beneficios: ¿cómo tanta pobreza en las almas? tanta miseria en los cuerpos? Tan caído el fervor, tan remisa la virtud, tan tibia la caridad, tan escaso, ó tan ninguno el provecho? A la orilla de una fuente infinita, y sedientos? con la llave de un inmenso tesoro en la mano, y tan pobres? qué es esto? ¡Ah, oyentes míos! Del Lobo, dicen los Naturales, que siendo el mas voraz de los brutos, por mas que come, siempre está flaco. ¿Y por qué? Porque no masticaba, sino engulle, por eso nada le entra en provecho. Asisten (¡oh, quantos de los Christianos!) al Sacrificio de la Misa, tan sin rumiarse, tan sin considerar lo que hacen, que les pudieramos decir lo que dixo el Señor á la Samaritana: *Vos adoratis quod nescitis*. Allí estan de rodillas, y ni saben que es lo que adoran, ni piensan un instante en lo que hacen; y aun quando alzan á nuestro Dios, ni un acto solo de Fé, y de amor les debe. ¿Pues qué provecho, qué fruto han de sacar, si en la Misa tienen toda el alma ocupada, ó ya en sus negocios, ó en sus cuidados? Bien quería Joseph darles mucho trigo á sus hermanos; pero midióse su amor con lo que ellos pedian, llenandoles bien colmados sus sacos; y si no llevaron mas, tuvieron ellos la culpa, pues no traxeron en que llevarlo: *Imple sacos eorum frumento quantum possunt capere*. Así, pues, mide nuestra vida Christo en la Misa sus beneficios, segun el tamaño que defocupa la devocion, y el fervor en nuestras almas: si éstas vienen, ó cetradas con el pecado, ó embarazadas del todo, lamenten por su culpa lo que no logran. Estaban oyendo una Misa tres mugeres, refiere Godescalco, (*t. 2. serm. 100. lit. C.*) y á ese tiempo un santo Religioso vió, que baxando del Cielo un Angel, le puso á la una una corona de rosas blancas, y resplandecientes; á la otra, otra corona de rosas coloradas, con que quedaron ambas hermosísimas: desapareció el Angel, y vió luego un feísimo demonio, que puesto delante de la otra, con unos aforros que traía en la mano, le daba grandes golpes en la cabeza, y

luego danzaba delante de ella muy festivo. ¡Admirado de esta vision, acabada la Misa, sin darse por entendido, preguntó á las dos, qué havian estado pensando en la Misa? Y dixo la una: Yo he estado pensando en la Bondad infinita con que nuestro Dios se dignó de vestirse de nuestra carne, y hacerse niño. Pues yo, dixo la otra, no pensaba sino aquel amor inmenso con que por mí derramó su Sangre en la Cruz. Conoció así el santo varon como les eran correspondientes las coronas. Preguntó luego á la otra, y dixo: Yo no pensaba sino en unos aforros, que tengo de comprar para un vestido, y he estado impaciente, porque se tardaba la Misa, y tengo de ir á un bayle, á que estoy convidada. Descubióles entonces lo que havia visto. ¡Ah, si así se nos descubriera á nosotros! Qué vergüenza fuera á los unos! qué gozo, y consuelo á los otros! y qué escarmiento á todos! Pues cada uno lo descubre en su propia conciencia, y en ella hallará su pérdida: ¿Qué fruto tengo yo de tantas Misas? qué provecho? qué logro? unas en pecado, otras sin atencion ninguna, otras hablando. Dios allí ofreciendome sus riquezas, y yo cerrando mi corazon á recibir las: Dios allí franqueandome todos sus beneficios, y yo en el mundo con toda mi atencion, y mi cuidado: Dios allí abriendome el Cielo, y yo volviendo las espaldas: y donde salen tantas almas mejoradas, y enriquecidas, la mia empeorada, y pobre. Solo porque no se vé esta pérdida, no se llora: Alto, pues, á acaudalar riquezas en este Divino Sacrificio.

Y lo primero encarga nuestro espiritualísimo varon, Padre Juan Eusebio Nieremberg, una devocion tan facil como provechosa, para participar aún mas parte en todas las Misas que se dicen en todo el mundo, y es, ofrecer cada día á Dios quantas Misas se dixeren aquel día en el mundo con deseo, si pudiera uno, de asistir á todas. ¿Qué cosa mas facil? Pues ahora, por poca que sea la parte que nos quede de cada una, qué monton será? ¡oh, quanto! Pensadlo. Yo quiero que el fruto que toca á cada uno de cada Misa de las que se están diciendo en todo el mundo, sea como un grano de mostaza, por explicarme así: ¿Pues cuántas serán cada día las Misas, que en todo el mundo se dicen, y cuánto le correspondrá de fruto, por pequeño que sea, en cada una? Quanto será éste en una semana, quanto en un mes, quanto en un año? ¡Oh, almas! aquí sí que os quisiera fantamente codiciosas, pues todo esto lograis con haceros presentes con vuestro deseo, y con vuestro corazon á todos los Sacrificios, holgandos de que así todo el mundo le haga á Dios esa honra. Y si es tanto mayor el fruto que logramos en las Misas, á que asistimos en gracia, y con devocion, y atencion; ¡oh, qué riqueza! Pues atienda nuestra piedad los clamores, que nos dán las pobrecitas Almas del Purgatorio, para que partamos con ellas, aplicandoles lo que nos toca de satisfaccion, que no lo perderemos, y no les podemos hacer mayor limosna que

que la Misa. Aquí havia yo de empezar: mas baste para abrazar todo lo dicho, y alentarnos á lograr el fruto de la Misa, el exemplo que ya refiero.

Cuenta Pedro Cluniacense, Autor antiguo, y grave, (*lib. 2. Mirat. t. 15. f. 484.*) que en Gracianopolis de Tracia, en unas muy profundas minas de hierro trabajaba un pobre, buscando en tan afanosa fatiga el sustento. Sucedió, pues, lo que acá no pocas veces sabemos que sucede en nuestras minas, que desquiciado de sus fundamentos el cerro (que aun los montes trastorna la codicia) fue derrumbando con estupendo fragor tierras, y peñas; tapó la mina, y dexó aquel pobre en las entrañas de la tierra antes sepultado, que muerto. Aquí fueron las lágrimas de su pobre muger, los sentimientos, los sollozos, llorando viuda; mas como para ser fiel no bastan esas exterioridades, mostró mejor su fidelidad, dando de su pobreza cada semana la limosna para que le dixesen una Misa, y en ella ofrecia siempre un pan, y una vela. Así havia corrido un año entero, sin dexar de decirle la Misa, y aplicarle la ofrenda, sino una semana sola, en que no la tuvo. Entonces, pues, cavando otros por aquella parte del cerro, oyen del centro de la tierra gritos, voces, gemidos. Prosiguen, no sin horror, cavando hacia donde venian los ecos: abren en fin, y descubren un hombre. ¿Quién? Era aquel pobre, que un año antes havia quedado allí sepultado. Y quando llegaron á creer que estaba vivo: ¿Cómo es esto? le dicen: cómo has podido vivir sin sustento en esta lobreguez? Si lo he tenido, responde: Haveis de saber, que al desquiciarse el cerro, me dexó este hueco, en que desde luego, aunque libre, me dí por muerto: asigianme estas tinieblas tristes, y el hambre me apuraba; pero he aquí, que yo no sé quien, pero él era un mancebo muy agraciado, y hermoso, que cada semana una vez entraba aquí con una vela ardiendo en la mano, y una torta de pan, y eso me daba, y se iba: y aquella vela me aliviaba de estas tinieblas, y con el pan me sustentaba, hasta que otra vez volvía; pero sola una vez que dexó de venir, me ví ya en el último extremo: volvió luego, y con estas sus venidas me ha mantenido, como veis. Cotejaron luego lo que su muger havia ofrecido con la Misa cada semana, y como havia faltado una sola, y hallaron, que era ella la que con tan Soberano Sacrificio lo havia así mantenido. Pues á uno, y otro vió nos llama este prodigio: nos muestra como es á los vivos socorro, y nos dá á entender como es tambien á los difuntos alivio: nos dice como sirve á la vida del cuerpo, y nos avisa tambien como aprovecha á la mejor vida del alma: que con la luz mejor, aquel Soberano Sacrificio destierra las tinieblas de las culpas, y con el mejor pan sustenta, y fortalece la vida mas estimable de la gracia.

PLATICA XXVII.

DE LA DEBIDA OBSERVANCIA de las Fiestas.

A 26. de Julio de 1691.

Hasta ahora no se han acabado de reír los modernos de un Pintor, que hubo en la antigüedad tan necio, que sin tantear los tamaños de la tabla para proporcionar el dibuxo, empezaba á pintar por los pies, y ocupado todo el lienzo con el cuerpo, faltandole ya campo, dexaba siempre sus retratos sin cabeza. Gentil necedad, dexar lo principal, por ocuparse todo en lo que importa menos. Pero aun no lo culpeis tan severos, hasta que echeis de vér si os sucede lo mismo. En el tendido lienzo de esta vida tenemos que pintar alma, y cuerpo; á éste tenemos que buscarle adornos: á aquella tenemos que solicitarle hermosura, viveza, y gracia: el alma es la cabeza en que vá todo: el cuerpo, que lleve éste, ó aquel adorno, importa menos. Ya, pues, de este lienzo de la vida ocupamos tantos dias en el trabajo, en el cuidado, en la diligencia, en la fatiga; y todo eso para qué? Para el cuerpo. Y qué campo dexamos, qué dias destinamos para pintar la cabeza, para hermosear el alma? Hase de ir todo este lienzo de nuestra vida solo en el cuidado de el cuerpo? Pues halláremos al cabo con el retrato sin cabeza. Esta sí que será necedad digna de mofa eterna: *Rogamus vos fratres, ut quieti sitis*, nos dice el Apóstol (*1. Thes. 4.*) *& vestrum negotium agatis*, Hermanos míos, yo os ruego, que vais haciendo vuestro negocio, no los que se agencian en las fatigas, sino aquel que mejor se ajuste en el descanso, no con alboroto de cuidados, cuentas, despachos; sino con el sosiego de pensamientos; no con afanosas ansias, y penosos desvelos, sino con el reposo tranquilo del corazon. ¿Pues qué negocio es éste, que con tanta comodidad se consigue? Es el negocio que lo vale todo, el unico, el mas importante, el negocio del alma; ¡oh, qué negocio! que si el alma lo pierde, ¿qué aprovechará haver ganado todo un mundo? El que en un anillo de cobre tiene engastado un diamante, si haviendose caído halla despues el diamante, no es perdida la fuya, aunque quede perdido el anillo; mas por el contrario, que aprovechará hallar el anillo de el vil cobre, si se queda perdido el diamante? Pues éste es nuestro negocio, hallar el diamante del alma, y éste hemos de conseguir en la quietud, en el sosiego de el día de fiesta. Gástanse los dias de trabajo en buscar con tantas fatigas el cobre del interés mundano; pero logrese con Dios el descanso del día de fiesta en asegurar el diamante de el alma. No pierde su jornada el que entra á tomar refuerzo en una

venta; no dexa de subir la escalera el que toma resuello en su descanso; pues esos son los dias de fiesta; posadas, pero para mas caminar; descansos, pero sin dexar de subir.

Pues este es el descanso no ocioso, en que hemos de ocupar el dia de fiesta; todo hacia Dios, y hacia el alma todo. Aun los Gentiles, y los Bárbaros destinaron dias en que pagar à sus mentidos Dioses este tributo: eso es ser de ley natural este precepto; pero porque tenia parte de ceremonial en los dias que les señaló Dios por de fiesta à los Judíos, quitando lo ceremonial, que solo tuvo fuerza en aquella ley ya muerta, nos señalaron los Santos Apóstoles, y despues la Iglesia nuestra Madre, los dias que debemos observar en nuestra Ley de Gracia. Aquellos observaban el Sábado, en memoria de la Creacion del Mundo; pero si perdido el mundo por la culpa, como si de nuevo lo criara, le dió la mejor vida nuestro Redentor con su muerte; por eso los Santos Apóstoles nos señalaron à nosotros el Domingo, en que saliendo el Señor del Sepulcro, sacó consigo libre al mundo del infierno; por eso se llamó Domingo, que quiere decir dia del Señor, y ya con ese nombre lo llama S. Juan en su Apocalypsi: *Fui in spiritu in Dominica die*. Los demás dias de fiesta en honra de el Señor, y memoria de sus Santos, nos los fue desde allí señalando la Iglesia; con que à tres nudos nos apricta este precepto, de Ley Natural, de Ley Divina, y de Ley Eclesiástica. ¿Quién pensara, que para lo que es nuestro descanso, era menester ponernos tanto aprieto? Que para lo que es nuestro logro, era menester tanta obligacion? A qué esclavo le daria su amo un dia de la semana libre para que atendiera à sí mismo, que fuera menester rogarle mucho? Pues tales somos los hombres, que con el Faraon del mundo escogemos el trabajo, y la fatiga, y no queremos con Dios el descanso.

Ya, pues, dos son las obligaciones, que nos pone el tercero Mandamiento: Una, que nos aparta los embarazos; otra, que nos propone los mejores logros: una negativa, que nos prohibe las obras serviles, para emplearnos en obras santas; y otra positiva, que nos intima el oír en el dia de fiesta Misa entera: de ésta hablaré en la Platica que viene, si es que algo queda que decir de la obligacion, quien el tesoro infinito de la Misa, que ya he explicado, no le huviere encendido un ardentísimo amor à este Divino Sacrificio. La obligacion, pues, de no trabajar en dia de fiesta, es bien clara, no necesita de explicacion: Cerrar las tiendas los Mercaderes: cerrar sus oficinas los Oficiales; quitar las mesas los Escribanos; cesar todos los Tribunales, con todo lo que se lleva de Ministros el Judicial estrepito: eso todos lo entienden, y lo saben; pero ladrones de sí mismos, ó quantos à hurtadillas dexan el descanso de Dios, por servir en el trabajo al diablo? Quantos descansando ellos, hacen gemir en el trabajo à sus miserables esclavos, à sus oficiales, y sirvientes? Y quantos, aun à la Iglesia misma van à ajustar sus contratos? Ah codicia in-

fame, en eso pones tu ganancia! Pues esa será toda tu pérdida. En la casa donde no se guardan las fiestas, no pregunten de dónde vienen las desdichas, las pérdidas, y las pobreza. Tal dia como ayer, dia de Santiago, refiere el Belvacense. (*lib. 6. c. 11.*) trabajaron en no sé qué obra de un Castillo todos los Soldados, y tal como mañana amaneció todo el Castillo quemado, y reducido à ceniza. Pufose una muger à coser una camisa en dia de fiesta, y à cada puntada, brotando el lienzo fangre, lo fue dexando todo teñido. (Jac. Meyli á n. 861.) Un Labrador, refiere el Turonense, (*l. 1. G. Mar. c. 15.*) saliendo à arar en dia de fiesta, se le quedaron las manos pegadas à la esteva, sin poder en un año librarlas de aquel castigo. Otro, yendo à cabar un hoyo en dia de la Asuncion, cayendo sobre él la tierra, lo dexó de un golpe sepultado, y muerto. Fuera nunca acabar referir semejantes castigos, pues esa es la ganancia que logra la codicia con trabajar en dia de fiesta. Mas mirad ya por el contrario: Un Señor de una heredad, refiere Herolto, havia conchavado à destajo con unos segadores, que le limpiasen un pedazo de tierra. Llegó un dia de fiesta, y uno de ellos, mas Christiano que codicioso, determinó guardarla; prosiguieron los demás, sin hacer caso. Pasó la fiesta, volvió aquel, y hallandose bien atrás, sufrió la risa, y vaya de sus compañeros; pero à poco trecho, no hubo menester segar mas, porque se halló una grande joya de oro, levántala, y lee en ella misma escritas estas palabras: *La mano de Dios me fabricó, y me dió en pago al pobre, que guardó la fiesta*. Trabajad ahora, trabajad jumentos del Austro, que tal nombre dá con razon Isaías à los que contra Dios se fatigan, para cargar viento.

Mas todavia no es tan apretado este precepto, que por quatro lados no se escuse en el dia de fiesta de pecado mortal el trabajo. Lo primero por parvidad de materia, como si uno trabaja una hora (y Doctores hay que lo alargan à dos) no es pecado mortal. Pero he aquí ya un Mercader, que me dice: Pues en una hora puedo yo ajustar una venta de veinte mil pesos, luego esto será lícito en la fiesta? No será sino pecado mortal, porque en eso no se mide la parvidad por el tiempo, sino por la cantidad de la venta. Lo segundo, escusa la piedad con que se sirve à Dios inmediatamente en su Santo Templo: inmediatamente dixe, como los Sacristanes, que trabajan en poner, y asear los Altares, barrer la Iglesia, tocar las campanas, &c. Que ya se vé, que no porque un Platero está haciendo un Caliz, que es para la Iglesia, por eso lo ha de querer hacer en dia de fiesta. Lo tercero, escusa la caridad con el próximo en lo necesario: como el que está sirviendo à los enfermos, el que socorre al otro, que se le quema la casa, ó que se halla en otro semejante trabajo. Lo quarto escusa la necesidad, no solo probable, sino cierta. El Oficial pobre, y cargado de hijos, la pobre muger, que si no trabajan, no tendrán ciertamente con que sustentarse, en oyendo Misa, pr-

procuren evitar el escándalo: quiero decir, que no lo hagan con publicidad, y trabajen todo el dia, y no tienen que andar incensando Confesores con este impertinente esdrúpulo. Así tambien aquellos, que por la dilacion se les puede seguir algun daño, ó pérdida grave. Pero si à esta necesidad se pueden reducir los aprietos en que se vén en despachos de China, y Flota, y los Mercaderes en sus compras, y à los Oficiales en sus oficios, no lo resuelvo aquí, consultenlo à sus Confesores; y lo mejor sería pedir por esos dias dispensacion al Juez Eclesiástico, pues es facil quitar el esdrúpulo. A esta necesidad se reducen, así los menesteres de la casa, como aquellos oficios à quien toca todo lo necesario para el sustento, y con esto les quito el esdrúpulo à los Panaderos; y digo, que quando vienen tres, ó quatro dias de fiesta juntos, bien pueden amasar, y cocer el pan, aunque sea en dia de fiesta; que no es razon que nos sentencien à comer pan duro.

Mas he aquí, que ya estamos todos desocupados. ¿Y ahora? Ahora Dios, ahora el alma, ahora la eternidad; al Sermon, à la Platica, al Rosario, à leer un libro devoto, ó tambien un rato de diversion honesta; esto es, santificar la fiesta. Y si se hace todo lo contrario, qué será? Será hacer fiesta del demonio, la que havia de ser fiesta para Dios? Será aunarse con los demonios à decir, y à executar: *Quisere faciamus omnes dies festos Dei à terra*. ¡Oh, Dios, oyentes míos, y quales estan vuestras fiestas, y las mayores, y las mas tiernas, mas escandalosas! Una noche de S. Juan, qué embriagueces, qué torpezas en esa alameda! Un dia de Corpus Christi, qué disolucion por esas calles! Ya dixo nuestra Vida Christo à Doña Sancha Carrillo, que en tal dia lo ponian los Christianos peor que los Judíos lo pusieron. Una noche que llaman Buena, ¡qué Ginebra en esa plaza! Unas fiestas de esos barrios, por mas lejos, qué concursos al galantéo, à las vistas, y à las infamias! Y estas llamamos fiestas? ¡Oh, Dios mio! qué à la letra veo en la Christianidad puntuales vuestras sentidas quejas del Judaísmo! Muy supersticiosamente embusteros aquellos, no levantaban ni una paja en la fiesta, y luego la ocupaban toda; y en qué? En qué? En eso mismo que acá vemos, en bayles torpes, y en concursos lascivos. Menos malo fuera (dice el grande Agustino) que estuvieran cavando, que baylando tan torpemente: *Melius foderent, quam saltarent*. Por eso por todos sus Profetas les manifiesta su enojo, les previene su castigo. Aborrece mi alma vuestras fiestas, les dice por Isaías, me son molestas, no las sufriré mas, porque son iniquos vuestros concursos: *Iniqui sunt cœtus vestri*. Sábados mentirosos los llama por Amós: *Sabbata mendacia*. Estiercol los apellida por Malaquias. Yo os echaré en la cara el estiercol de vuestras fiestas: *Dispergam super vultum vestrum stercorem solemnitarum vestrarum*. ¡Oh, Christianos! No diga esto mismo el Señor de

las nuestras, no sean las fiestas en las que irriteemos su enojo, quando en ellas se nos muestra su Magestad mas propicio. Por eso nuestra Vida Christo en las fiestas fue quando hizo sus mayores milagros; (repara nuestro Mathias Fabro) En un dia de fiesta sanó à aquel hydropico: eso fue decirnos, que han de cesar en la fiesta las ansias, y la sed de la codicia. En dia de fiesta sanó à aquella pobre muger que havia diez y ocho años, que estaba encorbada hacia la tierra: eso fue decirnos, que en las fiestas las atenciones, que todas han estado hacia la tierra, se han de levantar hacia el Cielo. En dia de fiesta sanó à aquel que tenia la mano seca, y encogida: eso fue decirnos, que en la fiesta se ha de estender la mano à la limosna. En dia de fiesta sanó à aquel ciego desde su nacimiento: eso fue decirnos, que en la fiesta hemos de abrir los ojos à la luz de la doctrina del Sermon, y de los Sacramentos. En dia de fiesta sanó à aquel Paralitico en la Piscina: eso fue decirnos, que toda nuestra salud la podemos conseguir en el dia de fiesta.

Pero poner toda la fiesta en vestirse los unos de gala, y las otras de lazos, redes, y profanidad para salir muy ufanos; oh, Dios! *Gloriati sunt, qui oderunt te in medio solemnitarum tuarum*. No niego, que el vestirse de gala decente, sea adorno de la fiesta, pero cómo? Como aquel gran Varon Thomás Moro, que estando mucho tiempo metido por las verdades de la Fé en un calabozo, allí en llegando la fiesta se vestia de nuevo. Preguntaronle una vez, que para qué era aquel vestido, donde nadie lo veía? Y él respondió: Porque yo no me visto de nuevo en el dia de fiesta para honra mia, sino para honrar à Dios. Pues mirad si vuestras galas, vuestros aderezos son para esto. Por último: yo confieso, que las obras santas, y de virtud no nos obligan debaxo de pecado mortal en la fiesta, de modo que sea pecado mortal el dexarlas: pero si se gasta el dia en tales concursos, juegos, bayles, y comedias, cada uno con su conciencia consulte, qué es lo que en el alma le dexan, y tema semejante castigo al que ya refiero.

Cuenta Fray Thomás de Cantimprato, que vivia en una Villa de Brabancia una muger de nombre, y de muy mal nombre, dada à profanos entretenimientos de juegos, y bayles, y músicas tan torpes como ella. Esta, pues, tenia por devocion todos los dias de fiesta tener juntas, y academias en su casa de mozuelos caquilucios, y de mugercillas bayladoras, truhanes, y coplistas. No era muy linda devocion para el infierno? Havia mucho farao, mucho entremés, mucho bayle, mucha chacota, y carcajada. Una tarde, pues, de estas de dias santos, que ella hacia de diablos, armaron en la calle donde caía su balcon un juego de Pelota unos mancebos; à verlos jugar salieron al balcon. Vino, pues, la Pelota sacada con violencia al impulso de la pala, y el que de la parte contraria la esperó para rechazarla, puso tan violento connato en rebatirla, que despidiendo la pala de la mano volando por el ayre, y

governada de soberano impulso, se caló por el balcon, y dándole a la señora dama, santificadora de tales fiestas, en la frente, la estrelló a la pared los sesos rotos, los cascós en menudos pedazos; y cayó muerta al instante, y al golpe. Jesús! Jesús! Jesús! qué lastima! prorrumpieron las amigas todas, levantando al Cielo el alharido. Murió? Sí, y murió. Valgame Dios! cuál quedaria aquella casa? cuál quedaria aquella cara? cuál quedaria aquella alma? Digalo el suceso. Trataron de su entierro los parientes; convidaron mucho acompañamiento, llenóse de gente la casa, y la difunta en medio de la sala en sus andas, aunque cubierto el rostro, porque no pareciese fea aun despues de muerta. Yá, despues del Responso, iban a cargar el cuerpo, quando rompiendo por la gente, y llenando de hortores, y bramidos el ayre un feísimo negro Toro, echando fuego, y humo por ojos, y narices, corriendo hácia las andas, a tasteradas, a manotadas, a bocados, destrozando en menudas piezas el cuerpo; lo hizo el demonio que baylára al son de sus bramidos; y dexandolo así, se desapareció. Defengañados de esta publicidad lastimosa, recogiendo luego los destrozos de aquel miserable cuerpo, le fueron a tirar al campo. Y qué fiesta havria en el infierno con el alma de la señora bayladora?

Ah, oyentes míos, yá que no se santifican las fiestas, no se profanen: yá que no las hagamos fiestas para Dios, no sean fiestas para el demonio. En ellas, si queremos lograrlas, tenemos el provecho del alma, las ganancias del espíritu, el mejor logro de el Cielo; que si sabemos conseguirlo, iremos a continuar el eterno día de Fiesta, que será en la gloria.

PLATICA XXVIII.

DE LA OBLIGACION DE OIR MISA entera en el dia de Fiesta.

Dia de nuestro Padre San Ignacio, año de 1691.

Alguna excusa tuvieramos para no solicitar la mayor honra, el mayor provecho, y la mayor dicha, si la huvieramos de pagar al mismo precio que nos cuesta la vanidad; pero teniendo aquello de valde, comprar la vanidad tan costosa, qué descargo nos queda? Huvo en la antigua Roma, refiere Suetonio, un hombre tan rico, como vano, que ansioso por comer a la mesa del Emperador Caligula, se concertó con los criados para que con no sé qué disfráz lo introduxesen una noche en el convite de Palacio, y por esto les ofreció, y les pagó docientos sestercios, que en la menor suma montan sobre cinco mil ducados. Costoso plato de buñuelos de viento, dár cinco mil ducados, solo por poder decir, que havia cenado con el Empe-

rador. Sin tanto precio somos llamados nosotros a mejor convite, sin tanta costa somos convidados a mejor mesa, a la mejor digo, que jamás gozaron los Cielos; al convite donde no son admitidos ni aun los Angeles. Oh, qué nos dieran estos Soberanos Espíritus por poder con nosotros ser en la Misa, no solo criados, que tan gustosos la sirven, sino convidados para gozar de su vianda Divina: Mucho favor le parecia al Rey Cyro de los Persas, enviar desde su mesa algun plato al mayor de sus Capitanes. Por muy grande fineza tenían los Reyes de los Parthos admitir a su convite alguno de sus Principes, y de modo, que sentado el Rey en lo alto de su Trono, y el Principe tirado en la tierra, desde lo alto el Rey le arrojaba las viandas, como si las tirára a un perro. Y la honra mayor que le hace un Rey de España a alguno de sus Grandes, es un día del año señalado, y muy señalado, admitirlo a su mesa. Si Dios nos tratára así, aún sería un amor inmenso, aún sería una dignacion soberana; pero quanto es mas el exceso! Oh, Dios, que nos dá de valde infinito mas que lo que aquel compró a tanta costa! No nos envia un plato de su mesa, sino a sí mismo se abate desde el Cielo para darfenos. No nos trata como a petros, sino que nos honra como a hijos. Y no en un día señalado: sino todos los dias nos tiene puerta franca a gozar de una honra tan suprema, y nos ofrece en la Misa puesta la mesa. Y con todo esto, es posible que ha de ser menester precepto, que nos obligue a los que todos los Angeles nos dieran por nuestra dicha todo quanto valen? No sabe lo que es el Sacrificio de la Misa quien a lograr la inmensa dicha de asistirle, aguarda a que lo trayga la obligacion del precepto.

Este, pues, es el que hoy se me sigue a explicar. Dexo para las almas nobles, que no hayan menester el precepto, un Carlos V. que en toda su vida jamás dexó dia de oír Misa, sino un dia solo en la Batalla de Tunez. ¿Quién alega cuidados de mas peso? ¿Quién ocupaciones de mas importancia? Un Thomas Moro, que siendo Gran Chanciller, y primer Ministro de Inglaterra, no solo todos los dias oía Misa, sino que alguna vez llamado de su Rey, por dos veces respondió: que estaba firviendo a mejor Señor, y no dexó la Misa. ¿Quién traerá por excusa negocios de mas monta? ¿Quién dependencias de mas aprieto? Una Margarita de Austria, perla de las Reynas, que todos los dias havia de oír sin falta tres Misas. ¿Quién pondrá por estorvo ridículos aliños? profanos aderezos? Mas yá qué tendremos a dicha? Oh, tiempos! Que se cumpla siquiera con la obligacion.

¿Quién (pregunta el Catecismo) ¿quién cumple con el precepto de oír Misa entera? Quien asiste a toda ella sin distraerse de su voluntad. A toda ella? Y si viene a la Epistola? Cumple. Y si al Evangelio? También; pero si mas adentro, yá no basta, y peca mortalmente si no oye otra. Pero debo advertir aqui (atiendanme esto, que no sé si se repára mucho) que sucederá no pocas veces haver

oído Misa entera, y con todo eso peca mortalmente contra este precepto. ¿Cómo puede ser? Porque si lo que me manda es oír en el dia de fiesta Misa entera, y yo la oigo: luego ha cumplido yá con el precepto: ¿luego no puede haver pecado? Bueno: pero pregunto: ¿Venisteis corriendo a la Misa dadas yá las doce? Sí, Padre, que fue dicha hallar Misa, pero al fin la oí. Pues aunque la oísteis; pecasteis mortalmente en el peligro a que os pusisteis de no oírla. ¿Os habeis confesado de haveros puesto a este peligro? Ah, Padres de familias, qué cargo! Aguardar a las doce, despues que yá cesan las Misas, y entonces el son de campana, que las coge en casa, y la Iglesia lejos, que vayan aprieta: y muchos gritos? No se quita vuestro pecado mortal con esos gritos.

Por el contrario; no siempre es pecado dexar de oír Misa, porque hay bastantes causas, que legitimamente lo excusan. Estas se reducen a tres: Por no poder, por caridad, o por necesidad. Por no poder, ahora sea impotencia espiritual, como la que tiene el que está excomulgado; ahora sea impotencia corporal, como el que está en una cama, en una carcel: (yá se vé) o por impotencia moral; esto es, que solo con mucha dificultad, trabajo, o peligro puede oírla. Así, pues, están excusados de la Misa la muger preñada yá en dias de parto: el convaleciente, que de salir se le puede renovar el achaque: el que, o la que de salir teme con fundamento algun peligro en la vida, o en la honra, el que no tiene vestido con que parecer con decencia: en mal tiempo, y muy llovisoso, en especial para mugeres, la mucha distancia. Mas porque puede ser para uno legitima excusa, la que por las circunstancias no lo es para otro, consulten lo demás a sus Confesores. Excusa tambien de la Misa la caridad, por asistir a algun enfermo, o que no tiene quien le asista, o que tiene su consuelo, en que esta persona no le dexa: o la necesidad, ahora por sujecion, como en el esclavo, que sobre el alma de su amo vá la Misa que él no le dexa oír: ahora por su officio, como el Pastor, que no puede dexar su ganado: ahora por su exercicio, como la muger que está criando, que no tiene a quien dexar su criatura, y el muchacho es llorón; pues no venga acá, ni oigan Misa, y nos harán muy buena obra con no venirnos a inquietar; y si dixera de venir a Sermon con el muchacho llorón, se lo agradeceremos mas.

Yá, pues, los que así impedidos dexan de oír Misa, no solo no pecan, pero recibe Dios su buen deiteo. (Haut. n. 1221.) Un Santo Lego de San Francisco, cocinero de su Convento, tenia devocion de asistir todos los dias a quantas Misas podia; pero un día estando sola la cocina, y hallando la fuya los gatos, zás, bolcaron la olla, y comieron ellos lo que ayunaron los Religiosos. Enojado por esto el Guardian, le mandó a aquel, que no fuese a oír, como solia, Misas, sino que atendiese a su obligacion. Obedeció él; pero el dia siguiente al hacer la campana la señal de alzar, puesto de rodillas, y con tiernas lágrimas:

¡Ah, Señor, (dixo) que el consuelo que yo tenia en asistir a tu Divino Sacrificio, me lo ha de quitar esta cocina! Pero qué he de hacer, mejor es lo que tú dispones. Al punto (estupendo prodigio!) abriendose quantas paredes havia desde allí hasta el Altar, vió parente, y adoró la Hostia Sacramentada, volviendo luego las paredes otra vez a juntarse; pero dexando bastantes señas de esta tan prodigiosa maravilla.

Mas todavia ocupado en lo que excusa, aún no he dicho a lo que obliga este precepto. Obliga, pues, nos dixo el Catecismo, a *asistir a toda la Misa, sin distraerse de su voluntad*. Dos cosas hay aqui: asistir con el cuerpo, atender con el alma; ni basta venir solo con el alma: quiero decir, tener intencion, o deseo de venir a Misa; ni basta estar solo con el cuerpo, y estar, o dormido, o sin intencion de oír Misa. Hanse, pues, de juntar cuerpo, y alma: ésta con la atencion; aquel con la reverencia. Pero cuánta debe ser una, y otra! Oh, Dios! Digámos primero del cuerpo, y no cito a un San Pablo, no atesto con un San Agustin. Un Ge nti habla de como asistían los Gentiles a sus torpes sacrificios: *Intramus templum compositi*, dice Seneca (*in q. nat. lib. 7. c. 3.*) Entramos en el Templo compuestos: *Ad sacrificium accessuri vultum demittimus, togam adducimus*. Al llegar al sacrificio bajamos el rostro, recogemos el vestido: *In omne argumentum modestia fingimur*. Y nos ajustamos en todo el exterior de la modestia. ¿En todos? Sí; las rodillas en tierra, los ojos recogidos, mesurado el semblante, mudo el silencio: *In omne argumentum modestie*. ¿Esto hacían los Gentiles para asistirle al demonio? ¡Oh, confusion! oh, infamia! oh, vergüenza! De quién? De quién? Allá lo vean. Cuenta, y admira San Ambrosio, que ofreciendo Sacrificio Alexandro, estaba cerca de él un Page con una hacha. Tardóse el Sacrificio, fuese consumiendo el hacha, y tanto, que yá en la mano del Page fue prendiendo, y él inmóvil: fue humeando, y él severo: crugían yá ardiendo los dedos, y él constante, hasta que se dexó abrafar, y quemar la mano por no turbar el Sacrificio. Ah, oyentes míos, que entre nosotros no se sacrifica un Toro a una deidad mentirosa, sino el Cordero Immaculado del Hijo de Dios a la Santísima Trinidad. Así lo creemos, así lo conocemos; mas no sé, si imitaremos de aquel Page lo heroyco, quando quizá en la Misa hay tantos que se dexan quemar el alma a peores chispas. ¡Oh, cuál está nuestra Religion! Y como semejantes desordenes pedían el zelo de aquel corazon Cathólico de Felipe II. (*Raf. Col. fer. 2. d. 2.*) Oía Misa una vez con sus Grandes de Castilla, y dos de estos se pusieron a hablar entre sí, reparólo el Rey, dexó acabar la Misa, y al salir, volviendose a ellos con aquella su natural severidad: Vosotros dos (les dixo) no parezcáis mas en mi presencia. Bastó esto para que el uno de ellos muriese luego de pesadumbre, y el otro se volviese loco. ¡Ah, qué hiciera este Cathólico Monarca, si viera los corrillos acá, y